

Héroes en la batalla de la identidad

June Fernández explora, a los dos lados del Atlántico, la búsqueda de otras normalidades sexuales, y su precio

ISABEL NAVARRO

June Fernández es lesbiana, periodista, vasca, de izquierdas. Se define como una feminista blanca urbana de clase media precaria. Conjuga todas esas identidades en su primer libro: *10 ingobernables: Historias de transgresión y rebeldía*, una colección de reportajes de largo aliento, donde su mirada (la mirada de clase, de género y periférica) define a la galería de personajes orgullosos y extravagantes que ha elegido.

Trina, Antar, Juanita... son ejemplos de una nueva genealogía *queer*, que busca entre la gente y no en la televisión o en la estilización teórica, a individuos que se han hecho a sí mismos a la contra de las expectativas de su género. Mujeres que fueron hombres, hombres que

nos de los perfiles suceden en Nicaragua, Cuba y Guatemala, países donde ha vivido.

El libro es mejor cuando se aleja del activismo y hace periodismo. Cuando no dulcifica la realidad y encara el conflicto de género con sus contradicciones. Cuando hace crónica. Tal vez por eso la historia de Juanita Urbina, *trans* de Managua, sea el más vivo de sus retratos.

Cicatrices de risas

«Sos una traidora a tu identidad», le dicen las feministas a Juanita. No entienden por qué una de sus compañeras más luchadoras, tras años de visibilidad como mujer *transgénero*, decide volver a la imagen de Juan Carlos: pelo engominado, barbita, camisa vaquera. Una Juanita que en vez de tener dos armarios (el de los vestidos y el de los calzoncillos) tiene dos muros de Facebook. «Ella no quiere ser un macho, pero la femineidad era cara, incómoda y dolorosa». Por eso la dejó. Las transiciones sexuales son políticas, dice Fernández, «solo cambió de aspecto, pero eso lo

cambió todo». Y cambiar de aspecto tiene un precio.

«Tengo cicatrices de risas en la espalda», escribe el poeta chileno Pedro Lemebel.

EN VEZ DE DOS ARMARIOS (PARA VESTIDOS Y CALZONCILLOS) JUANITA URBINA TIENE DOS MUROS EN FACEBOOK

Y esas «solos» son las heridas de la mofa. Lo peor es... ¿Qué es en realidad lo peor en la construcción de uno mismo? Para cada uno, lo peor es distinto. «Quiero ponerme un nombre y sentirlo como propio, quiero entrar en un baño público sin sentir ansiedad; quiero dejar de sentir ese pinchazo cuando alguien, por desconocimiento, me hable en femenino...», dice Antar, un profesor de filosofía que odia el verano. Se le notan los pechos bajo la camiseta.

Galería de lo extraño para unos. Llave para un espacio de libertad donde la noción de normalidad nunca más volverá a ser lo mismo.

10 ingobernables June Fernández



Crónica Libros de K.O., 2016
264 páginas
15,90 euros



Escena de «El año de Ricardo», de Angélica Liddell

LA FABRICA

Angélica Liddell se arranca la lengua

Angélica Liddell deja rastros de su intimidad y de su teatro en «El sacrificio como acto poético» y «Via»

JUAN I. GARCÍA GARZÓN

Para Angélica Liddell (Figueras, 1966) la escritura es «una venganza contra la vida».

Lo afirma en la entrevista de Laura Zangarini, publicada por *Corriere della Sera* el 28 de julio de 2014, que cierra el pequeño volumen *El sacrificio como acto poético* (Continta Me Tienes). Las seis conferencias y el texto inédito agrupados en el libro conforman un mapa teórico en el que pueden rastrearse las inquietudes, las claves, las preocupaciones, las lecturas, las influencias y el pensamiento de esta formidable creadora escénica, poseedora de una de las escrituras dramáticas más hondas, originales, deslumbrantes y provocadoras del teatro de nuestros días.

Autora, actriz y directora de sus propios textos cuajados de destellos autorreferenciales («mi escritura -dice- no está separada de mi vida, en absoluto, depende de mi vida»), subraya y rescata el sentido ceremonial y, más hacia lo profundo, sacrificial la-

tente en el hecho teatral: «El acto creativo -escribe- es inmolación, pero al mismo tiempo salvación». Cioran, Canetti, Godard, Pasolini, Artaud, Nietzsche, Wittgenstein, Diderot, Bataille, Derrida, Kierkegaard, Beuys, Brecht y Foucault son algunos de los nombres bullentes en estas reflexiones, preciosas y precisas, que iluminan tanto como inquietan y dan pistas sobre las ideas que retumban en sus obras y el sentido de las puestas en escena concebidas para las mismas.

Camino de luz

Convencida, como Adorno, de la precariedad e impotencia de la palabra para expresar el horror y la ignominia contemporáneos, explicita sus ganas de arrancarse la lengua para escupirla «sobre esa aspiración artística de manipular los sentimientos humanos».

Una imagen impactante del catálogo magmático de dolor, sacrificio, violencia y tensión místico-carnal que define su teatro e impregna también los poemas, fragmentos de su diario y de textos teatrales, y autorretratos fotográficos íntimos agrupados en *Via Lucis*, volumen publicado también por Continta Me Tienes en coedición bilingüe español-francés con *Les Solitaires Intempestif*. El particular camino de luz de Angélica Liddell expre-

sa esa dualidad dibujada por Miguel de Unamuno en un verso memorable: «Tinieblas es la luz donde hay luz sola».

Flores suicidas

La escritora visita el territorio feroz de lo sagrado recurriendo a la iconografía religiosa asociada al martirologio -la *Santa Agueda* de Zurbarán exhibiendo sus pechos cercenados es una referencia clave- para ahondar en un discurso que habla del éxtasis, la posesión sexual, la canibal entrega amorosa, la desazón, el deslumbamiento... «Sade y Santa Teresa -anuncia- unidos por lo irracional, por el delirio, por la transgresión trágica de la ley, mi cuerpo profano y mi cuerpo santo utilizan el mismo lenguaje para amar...». Una catarata de imágenes poéticas inundadas de belleza convulsa.

Los autorretratos son instantes de cuidadosa intimidad congelada en los que, con contrastes que remiten a Caravaggio, Angélica Liddell es tal vez una Ofelia que flota entre flores suicidas, o Emily Dickinson ensimismada en lo mínimo para llegar a lo hondo, o una Magdalena enredada en sus largos cabellos, o una diosa ensangrentada a la vez víctima y verdugo de sí misma... Hermosas y enigmáticas ventanas a un universo personal inquietante.